

Historia

DEL LIBRO EN PREPARACION

"PRECURSORES Y LIBERTADORES"

"DE BOYACA A AYACUCHO"

Por *Rafael Bernal Jiménez.*

El 10 de agosto de 1819 Bolívar hacía su entrada triunfal a Santa Fe en medio del desbordante entusiasmo de sus habitantes. La noticia de la victoria de los patriotas había sembrado el pánico entre los virreinales, los cuales la habían abandonado la víspera precipitadamente.

Lo que siguió fue tarea de limpieza en el resto del territorio granadino y también de actividad organizadora del engranaje de la administración pública. Pero esta última no será tarea que pudiese obligar a Bolívar a radicarse en un solo sitio. Había nacido para la movilidad y el incesante desplazamiento. Era preciso acudir a los sitios aún indomeñados; aplastar los supérstites focos de resistencia, lograr la unificación de Colombia. Se traslada de nuevo a las regiones orientales y acude a dominar los brotes de anarquía venezolana. En Angostura sienta ante el Congreso Legislativo las bases de la Constitución de la República de Colombia. La augusta Asamblea lo proclama y da a Bolívar el título de "Libertador de Colombia, Padre de la Patria y terror de los tiranos", a más de investirlo unánimemente de la dignidad de Presidente de la nueva República. Ello ocurría durante la luminosa mañana del 17 de diciembre del mismo glorioso año de 1819. La República de Colombia quedaba constituida.

El prestigio del Libertador llegaba a su cenit en esta parte del Continente: el Presidente del Congreso, Francisco Antonio Zea, le dirigía en tan solemne ocasión estas memorables palabras: "Entre tantos días ilustres y gloriosos que V. E. ha dado a la República, ninguno tan dichoso como el de hoy, en que V. E. viene a poner a los pies de la representación nacional los laureles de que lo ha coronado la victoria y a presentarle las cadenas de dos millones de hombres rotas con su espada. Yo te saludo, brillante y memorable día, en que los principios soberanos del orden representativo reciben

tan solemne homenaje del heroísmo en medio de las aclamaciones de numerosos pueblos redimidos de la tiranía a fuerza de prodigios... Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reúnen en una sola República, ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondientes a tan inmensa masa? Quiera el Cielo bendecir esta unión".

Y Santander al informar a Bolívar desde Santa Fe, sobre la publicación y ejecución de la Constitución de Angostura, le expresaba: "Es V. E. solo el autor de tanto bien y el solo instrumento de nuestra prosperidad. En ninguna ocasión como en esta merece V. E. tan justamente el nombre glorioso de Padre de la República. V. E. la ha libertado de sus tiranos, la ha reunido y la presentará también libre, independiente y constituida a la vista del universo entero. La República de Colombia es la hija única del inmortal Bolívar".

Una vez más sobre territorio venezolano el espíritu de las leyes se hacía presente aun antes de que sobre el escenario de la lucha armada cayese el telón del acto final.

Esto debería ocurrir año y medio más tarde sobre el campo inmortal de Carabobo. Porque las fuerzas contendoras, después de haber sellado una tregua con término fijo para "regularizar la guerra" y desbarbarizar la lucha que desde 1810 había ocasionado tan atroces represalias, reanudaron las hostilidades, hostilidades que se tradujeron en una nueva serie de encuentros entre las restantes fuerzas de la resistencia realista y los ejércitos independientes. Pero ya estas eran tropas regulares y aguerridas al mando de capitanes experimentados. Una vez más Bolívar ordena las operaciones, coordina los movimientos de sus diversos cuerpos de combate y, unido a Páez en Achaguas, marcha con él hacia el norte con el ánimo de batir definitivamente a los cinco mil hombres del ejército del jefe español La Torre que había ocupado la ciudad de Valencia. La Torre salió al paso de los libertadores y se hizo fuerte en la llanura de Carabobo al amparo de los cerros circundantes; Bolívar distribuyó sus fuerzas compuestas también de cerca de cinco mil soldados, en tres divisiones, cada una bajo el mando de Páez, Sedeño y Plaza, de tan ya ilustres ejecutorias. Fue una auténtica batalla campal en la cual tanto patriotas como peninsulares hicieron gala de extraordinario coraje, especialmente los jinetes de Páez cuyos laureles reverdecieron en la punta de sus lanzas invencibles. Aunque la lucha continuó por algún tiempo más en las regiones septentrionales, entre los cuerpos republicanos y los núcleos aún renuentes de la resistencia, Carabobo constituyó, en realidad, el epílogo de aquella accidentada contienda que, por más de dos lustros había ensangrentado el territorio venezolano.

8. Acortando distancias históricas y geográficas, vamos a encontrar de nuevo a Bolívar dirigiendo su acción sobre las comarcas del sur de Colombia y luego sobre el Perú, centro de la más vigorosa resistencia de la reacción ibérica.

De regreso de Venezuela a Bogotá, Bolívar se toma el tiempo absolutamente indispensable para organizar el gobierno que deja en manos del Vicepresidente Santander, y para organizar su gran campaña hacia el antiguo Imperio de los Incas. Esta fabulosa marcha es apenas comparable con la expedición granadina. También aquí es preciso cruzar las empinadas cadenas central y occidental de los Andes; abrirse paso por la espesura de montañas abruptas y selvas primitivas; vadear ríos torrentosos; enfrentarse al peligro de los desafiantes abismos. Y ya en las comarcas sureñas de Colombia hallar la resistencia de las fuerzas realistas concentradas en las regiones pastusas, batirlas y vencerlas en Bomboná y continuar sobre el Ecuador, pero teniendo siempre la vista fija sobre las riberas peruanas.

Aquí la gallarda efigie de otro gran militar de la Independencia se asocia para la historia con la del Libertador Bolívar. Es la de Antonio José de Sucre, a quien Bolívar conociera un día de 1819, sobre las aguas del Orinoco. Sucre es, quizá, la figura más noble y austera de la gesta emancipadora. Militó a órdenes de Bolívar como Comandante General del ejército del Sur y allí tuvo oportunidad de mostrar hasta qué punto puede subir la intrepidez de un jefe unida a las eminentes condiciones del organizador y estratega. Sucre recibió del Libertador la misión de marchar sobre Quito mientras aquél terminaba de vencer las reiteradas resistencias de los pastusos. Y Sucre estuvo a la altura de su misión. Las cimas nevadas del Cotopaxi contemplaron la brillante acción en que las fuerzas patriotas al mando de Sucre vencieron a los ejércitos realistas dejando tendidos sobre el campo de Pichincha cuatrocientos soldados de la resistencia. Esta, que se libró el 24 de mayo de 1822, fue la batalla definitiva para la liberación del pueblo ecuatoriano. Y aún no bien extinguidos los fuegos de Pichincha, el mismo Sucre es enviado por Bolívar a combatir las nuevas insurrecciones de los realistas en las regiones del Guáitara, despejando de enemigos a toda la accidentada comarca que se extiende desde Pasto hasta Tulcán.

Bolívar entra vencedor a Quito el 16 de junio; organiza el gobierno y despacha tropas a Guayaquil, que preceden su entrada a esta ciudad, a donde llega el 11 de julio.

9. Aquí ha de verificarse el memorable encuentro con el libertador del Sur, General José de San Martín; encuentro de tan hondo sentido histórico.

Sobre la entrevista de Guayaquil se han escrito millares de páginas y ellas han servido de incentivo también para avivar, en muchos casos, pasiones secundarias y animosidades que no se hallan a la altura ni de la dignidad de los personajes ni de la noble intención que los animó a departir sobre los destinos continentales.

Quiénes, como el historiador Bartolomé Mitre, se valen de lo que él imagina sucedió en aquella entrevista para elaborar insidiosas apreciaciones sobre la personalidad del Libertador, y quiénes, como Rufino Blanco Fombona, la aprovechan para exaltar la gloria de éste en detrimento del prestigio del Protector del Perú.

La polémica ha sido larga y persistente. Y tal vez, por lo mismo que lo ocurrido entre los dos ilustres interlocutores quedó, por recíproco convenio, en el secreto de sus propios espíritus, la controversia ha tenido toda la vivacidad de lo simplemente interpretativo.

De los pocos documentos considerados como auténticos sobre el diálogo de Guayaquil, el más autorizado es el informe oficial, pero reservado, dirigido por J. G. Pérez, Secretario de Bolívar, al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, desde el Cuartel General en Guayaquil, el 29 de julio de 1822, es decir, dos días después de la famosa entrevista. Del texto de dicho informe epistolar no se desprende nada de lo mucho que se ha imaginado sobre posibles desacuerdos y aun choques ásperos entre los dos grandes conductores. Es apenas natural que en materias como las relativas a la forma de gobierno más conveniente para los nuevos Estados soberanos, las concepciones, bastante divergentes de los caudillos, no hallasen un punto común de convergencia. Y es también explicable que en lo relacionado con la incorporación de Guayaquil y del Perú mismo en cualquiera de las órbitas políticas —del norte o del sur— que allí encontraban su zona de conflicto, hubiese diversidad de pareceres. Pero, en lo esencial, en el imperativo de concluir la guerra de independencia, en la preparación de estos pueblos para una existencia libre y decorosa, no hay duda que los dos libertadores se hallaron de acuerdo.

No nos seduce la tarea de contribuir a avivar los rescollos de esta impertinente disputa. Ella debe declararse cancelada de una vez para siempre. Su revivencia en nada puede contribuir a la armonía y solidaridad entre pueblos hermanos, que se preparan a estrechar los vínculos de una solidaridad continental.

Los dos caudillos de la libertad americana que se estrecharon aquel inolvidable día de julio de 1822 en Guayaquil,

eran los dos más ilustres conductores de estos jóvenes pueblos iberoamericanos en su empeño de conquistar su autonomía política. Ambos habían consagrado la totalidad de sus esfuerzos a aquella noble y heroica empresa; ambos habían planeado, el uno en el norte y el otro en el sur, las más audaces expediciones guerreras; los dos acababan de librar encarnizadas batallas coronadas con las más brillantes victorias; tras del paso triunfal de cada uno de ellos había quedado clamando su agradecimiento un cortejo de pueblos liberados. Chacabuco y Maipú, con Vargas y Boyacá formaban una sola y gloriosa guirnalda de laureles con la cual venían coronadas las frentes de los dos libertadores.

Estas dos vidas ilustres, aunque susceptibles de un paralelo a la manera de Plutarco, no corrieron por sendas semejantes ni estuvieron sometidas a disciplinas similares. San Martín era el militar de carrera, Bolívar el guerrero improvisado. El General sudeño era el planeador de las campañas, el caudillo caraqueño era el oteador de las victorias. El primero era un académico; el segundo un autodidacta. Pero ambos habían aquilatado sus disciplinas castrenses en la forja de las luchas campales. Severo y controlado San Martín, todo lo sometía a riguroso análisis antes de iniciar el combate; impaciente y fogoso Bolívar, confiaba más en la rapidez de los movimientos que en el frío cálculo de las posibilidades. El Protector del Perú encarnaba la metodización de la guerra; el Libertador de Colombia la intuición de las batallas. Esto en cuanto a su personalidad de combatientes; que, en lo que respecta al alcance de sus concepciones como estadistas, tendremos que localizarlos en muy diversos campos y niveles.

Pero sería forzar las hipótesis, en forma desobligante para ambos, el pretender explicar el retiro de San Martín del comando de los ejércitos chileno-peruanos a raíz de la entrevista de Guayaquil, como un corolario de su diálogo con Bolívar. Ni San Martín salió resentido de tal entrevista ni Bolívar pretendió imponer sus propios planteamientos. Tampoco tiene fundamento la aseveración de que San Martín saliese de ese encuentro desengañado de la personalidad de Bolívar. Es un hecho conocido la admiración que el General argentino continuó profesando por el Libertador Bolívar y cómo, oyéndole sus frecuentes expresiones en elogio de éste, su hija Mercedes San Martín pidió a su padre que le describiese la fisonomía del Libertador para ensayar la pintura de su efigie. Este el origen del retrato de Bolívar ejecutado por Mercedes y que tuvimos ocasión de conocer en el Museo Nacional de Buenos Aires. No es una obra notable de arte, pero en el ardiente brillo de sus ojos, en la nobleza de sus rasgos y la

dignidad de su actitud, se trasluce en forma evidente la alta idea que la joven pintora se formó de Bolívar a través de la descripción de su padre, el ilustre General San Martín.

Y en cuanto al concepto de Bolívar sobre el Protector del Perú, después de la entrevista, sin ser en extremo exultante, no se puede considerar peyorativo. En carta confidencial firmada en hoja el 14 de octubre de 1822 y dirigida al Gran Mariscal del Perú, don José de la Mar, el Libertador expresa el pesar que le ha ocasionado el retiro de San Martín del Gobierno del Perú, pérdida que considera casi irreparable por su prestancia ante el ejército y la admiración que le profesaba el pueblo peruano.

No es lícito suponer que aquellos dos grandes y gloriosos caudillos al realizar su mutuo anhelo de conocerse y estrecharse personalmente, iban a dejarse llevar por inevitables diferencias de opiniones o temperamentos a los planos inferiores de la emulación y la discordia. No iban ellos a comprometer su gloria y la causa de la independencia americana por secundarias discrepancias.

El único punto de emergente disputa habría sido la cuestión de Guayaquil. Pero éste fue un simple incidente que el mismo pueblo guayaquileño se había encargado de resolver en favor de la anexión a la órbita grancolombiana antes de la llegada de San Martín. Si Bolívar obró con sagacidad en aquel episodio, San Martín se mostró a la altura de su prestigio al aceptar patrióticamente el hecho cumplido y no hacer cuestión de Estado aquella incidental controversia.

No hay que perder de vista tampoco el estado de ánimo en que se hallaban los dos libertadores al verificarse su encuentro en Guayaquil. Bolívar se hallaba en la plenitud de su vigor físico y de su entereza moral; no se columbraban en el horizonte de su prestigio aquellas aviesas intrigas que más tarde habrían de amargar su existencia; San Martín, en cambio, se hallaba ya dolorosamente quebrantado en su salud por las penosas y graves dolencias a que ya nos hemos referido. Además, su autoridad militar había sido duramente debilitada ante gran parte de su propia oficialidad por su supuesta laxitud en la campaña peruana; había tenido ya que saborear el trago amargo de la incomprensión de sus propios conterráneos. Era un enfermo de cuerpo y de ánimo. Había formado desde mucho antes la irrevocable resolución de retirarse definitivamente de todo cargo de mando militar y de gobierno político. Así que su renuncia a tales poderes y su posterior voluntario exilio de América no fueron sino desarrollos de aquel propósito preconcebido.

Por lo demás, entre los dos conductores no existían motivos de emulación ni de visión continental de la independencia, ni de competencia jurisdiccional; ambos venían luchando por la misma causa de la libertad en esferas geográficas diversas. Ninguno de los dos había manifestado propósitos de invadir la esfera de operaciones del otro, ni de aprovecharse de sus victorias, ni de anexar por las armas los territorios liberados por el otro. Sus laureles eran tan independientes como sus hazañas y sus potestades.

Con las debidas reservas y únicamente para ilustrar esta noticia transcribimos en seguida el incisivo paralelo que R. Blanco Fombona ha trazado entre los dos personajes: "San Martín era un hombre de cuartel y amaba el licor; Bolívar era un hombre de mundo y amaba las mujeres. San Martín era meticoloso en los detalles; Bolívar de un golpe abarcaba la síntesis. San Martín, hombre de instrucción rudimentaria, que ignoraba hasta la ortografía, era un silencioso; Bolívar, hombre de libros y de viajes, era un tribuno; San Martín era un estoico; Bolívar, más bien un epicúreo; San Martín, monárquico, buscaba un rey a quien someterse; Bolívar, republicano, convocaba Congresos, dictaba constituciones y no quería someterse ni que América se sometiera a nadie sino a la ley y cuando más al dominio estratocrático de sus libertadores. San Martín era un militar como Fabio; Bolívar un guerrero como César. San Martín era un soldado, Bolívar era un caudillo. San Martín era un grande hombre; Bolívar era un gran genio" (1).

10. Al alejarse San Martín del Perú supuso, quizá, que una vez ocupada Lima y establecido allí un gobierno independiente, quedaba libre este país de todo conato de recuperación por parte de las fuerzas virreinales. Pero la situación era muy diversa: los focos de la resistencia peninsular se mostraban aún activos y vigorosos. San Martín había ensayado, con relativo éxito, el recurso de la atracción pacífica. El litoral se había inclinado a la causa emancipadora. No así la sierra, en donde los realistas se hacían fuertes y amenazantes. En el Perú, como en Chile, como en el Ecuador, como en Venezuela y Nueva Granada, la última palabra la iban a decir las armas y, en este caso, las armas de un ejército continental bajo el supremo comando de Bolívar.

Las acciones definitivas se libraron en los campos de Junín y de Ayacucho. En Junín, Bolívar en persona organiza y dirige el ataque. Su proclama a los soldados demuestra su convicción de que se iba a librar una jornada decisiva en la

(1) R. Blanco Fombona: "Cartas de Bolívar".

historia iberoamericana: "Soldados, el Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, la hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo".

El ejército realista comandado por el General Canterac salió de Lima con el objeto de cerrar la marcha a las fuerzas libertadoras. Se encontraron en la llanura de Junín, donde se produjo el choque memorable. Nunca en tan corto tiempo se había ocasionado mayor estrago. Fueron apenas cuarenta y cinco minutos de encarnizada contienda. Por cuanto el encuentro se verificó entre los escuadrones de caballería de Canterac y de Bolívar, la batalla se libró por cargas vertiginosas de lanceros de ambos bandos. Choques de sables y de lanzas fue todo lo que se escuchó en aquella contienda; ni un solo tiro de fusil. Dos mil jinetes trabados en sin igual combate debieron recordar las históricas batallas medioevales. Tras el choque formidable quedaron tendidos en el campo cerca de 350 hombres entre oficiales y soldados del ejército realista. Las pérdidas de los patriotas fueron únicamente de 42 muertos, 8 oficiales y 91 soldados heridos. Pero además quedaron en manos de los libertadores no despreciables elementos bélicos, numerosos prisioneros y 400 caballos ensillados.

El acto final se consumó en Ayacucho, esta vez bajo el directo comando del General Sucre, a quien Bolívar había encargado la batida de las fuerzas realistas de la serranía. Esta fue una verdadera batalla campal a la cual se empeñaron a fondo todos los efectivos de los ejércitos, con un total aproximado a los diecisiete mil hombres, de los cuales cerca de diez mil integraban el ejército de los peninsulares. Acción como ninguna de alta estrategia y osadía en la cual Sucre demostró una vez más sus eminentes condiciones de gran capitán y de organizador incomparable. Y Córdoba, el joven oficial antioqueño, halló la mejor oportunidad para demostrar hasta qué extremos de temeridad y de heroísmo puede llegar el coraje de un hombre inflamado por la llama de un ideal inmarcesible. Porque Córdoba, con su épica arremetida a la orden de: "Paso de Vencedores", definió la batalla a favor de los patriotas y con ello la libertad del Perú. Córdoba fue ascendido por Sucre, sobre el mismo campo de batalla, al grado de General de División, y Sucre conquistó para su nombre, con tan espléndida victoria, el título de Gran Mariscal de Ayacucho.

Con Junín y Ayacucho quedaba cerrada la etapa bélica de la liberación americana. Y quedaba también concluida la luminosa trayectoria de Bolívar como capitán de milicias. Que en cuanto al estadista no hemos dicho nada todavía.

La permanencia de Bolívar en el Sur había sido una agitada y febril jornada de acciones guerreras, gestiones de gobierno, iniciativas constitucionales y también de desenfrenos eróticos y apoteosis cesáreas. En ningún estadio de su vida dio de sí un derroche más abundante de energías físicas y mentales como en aquellos cuatro años en que tuvo por sede de su actividad y de sus sueños la más amable y despreocupada ciudad del Continente: Lima, centro tradicional de boato cortesano, de alegres saraos y de libertinos pasatiempos. El barco de Ulises había encallado en las engañosas playas de Circe y allí se dejó arrullar por el dulce canto de la Sirena. Pero la sirena había ya hecho su aparición durante su entrada triunfal a Quito cuando desde un balcón arrojó sobre la frente del vencedor de Pichincha una fresca corona de laurel. Era la bella Manuelita Sáenz, que desde entonces ha de seguir tras la brillante cuadriga del "Imperator". Pero en Lima la aventura amorosa es múltiple y ardiente. Porque las limeñas son bellas y atractivas y, además, se desviven por entrar en el círculo de las favoritas del glorioso capitán. Bolívar tenía todos los atributos para hacerse amar de las mujeres: la ardencia del temperamento, la brillantez del talento, la fina cortesanía del hombre de mundo, la agradable fluidez de la conversación, el prestigio del triunfador, la luminosa mirada del genio, el porte hermoso y varonil del justador denodado. ¿Qué más? Aquella fuerza interna y misteriosa con que ciertos hombres extraordinarios cautivan y someten al eterno femenino, sin entregarse por entero al hechizo de éste. Porque Bolívar fue además el amante transitorio en permanente trance de fuga y por ello, acaso, calurosamente deseado. Era la luz huidiza, la llama ardiente y luminosa de una noche de locura. En realidad, aunque parezca extraño, para Bolívar a quien se ha querido presentar como un sensual impenitente el amor fue un episodio, tal vez una cadena de episodios que no comprometió aquella otra voluptuosidad que para él sí era el telos de su vida: la gloria. Quizá haría suya la sentencia de Nietzsche: "El hombre se hizo para la guerra y la mujer para solaz del guerrero".

Ni siquiera la misma Manuelita, con todo el encanto de su carácter, a la vez coquetamente femenino y audazmente varonil, con sus atractivos físicos y su deliciosa locura de mujer imaginativa, logró adueñarse por entero de su veleidoso y singular amante. Recuérdese que un día Bolívar, intuyendo tal vez el sentido psicológico de que "en amor la única victoria es la fuga", atribuida a un hombre que, como Napoleón, no huyó ante ningún peligro, propuso a Manuelita terminar de una vez por todas su desafortunado romance. Y no lo hacía en ningún momento de desavenencia; sencillamente quería recobrar nuevamente su plena independencia.

Antes de la campaña del Sur, Bolívar había experimentado una de esas crisis depresivas tan frecuentes en él y que le producían, con un profundo abatimiento, la sensación de hallarse enfermo y decrepito. Ello ocurrió en mayo de 1821, como se manifiesta en la carta que por entonces escribe a don Alejandro Osorio: "Además, yo estoy enfermo, aburrido y cansado hasta el extremo". Esta crisis se prolonga hasta 1822, cuando escribe a Santander pidiéndole que le haga arreglar la quinta donde piensa retirarse a vivir como un enfermo. Pero sería inexplicable el que una enfermedad real estuviere ya minando la salud del Libertador. Ella le habría imposibilitado para realizar el gigantesco esfuerzo que representaría la expedición hacia el Sur, emprendida en el mismo año de 1822 y durante la cual Bolívar demuestra el más entero vigor a lo largo de la dura travesía de los desfiladeros de Pasto, el Guátara, las montañas de Barruecos, la reñida batalla de Bomboná y las diversas escaramuzas antes de su entrada a Quito. Pero lo que sí no fue una crisis depresiva sino ya un signo premonitorio, fue su postración de Pativilca en 1824, bastanta posterior a la entrevista de Guayaquil. En carta a Santander le describe su dolencia: "es una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómitos y dolor cólico... Ya no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Estoy muy acabado y muy viejo y en medio de una tormenta como ésta represento la senectud" y "además, me suelen dar de cuando en cuando unos ataques de demencia aún cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad ni de dolor". Los excesos limeños empezaban a producir sus fuertes consecuencias. Pero el sistema nervioso de Bolívar era aún un dínamo dispuesto a generar insospechadas energías.

El contraste entre el deplorable estado de postración de Bolívar y su vigorosa reacción ante el peligro nos lo describe, en forma hermosa y patética, el publicista y parlamentario colombiano Joaquín Estrada Monsalve: "Habla desde Pativilca, su segundo Casacoima. Es un rincón rodeado de desiertos caldeados por un sol en llamas. Las audaces jornadas de los últimos días, dobladas por la intensa preocupación moral, le tienen deshecho. Allí le encuentra don Joaquín Mosquera sentado sobre un sillón de vaqueta, atada la cabeza con un pañuelo, extenuado y casi moribundo, tomando un baño de sol, recostado al muro de un pequeño huerto. Parece un derrotado de la vida y el sueño. Cuando Mosquera le preguntó en qué piensa, aquel esqueleto se incorpora para responderle: "Triunfar". Su voz hueca cobra el acento áspero de un profeta ante las ruinas de su propia obra. "Derrotado

es siempre más terrible que victorioso. Morillo lo dijo" (1). Y lo probaría luégo con acciones como Junín, en donde personalmente dirigió la épica carga de los lanceros.

No regresa Bolívar a Colombia antes de agregar a la gran esfera política de ésta una nueva República independiente. Es Bolivia, así bautizada en honor del Libertador, a quien se designa como Jefe Supremo del Estado y se le otorgan poderes absolutos. Lo mismo habían hecho ya Perú y Ecuador, siguiendo el ejemplo de la Confederación Granadina. El Libertador de cinco naciones, el creador de patrias, el caudillo victorioso, el constituyente genial, llegaba a la cima de su poder político y de su gloria inmortal. Era un auténtico "Imperator" y si hubiese querido aceptar la corona que se le ofrecía, se hubiese convertido en soberano de medio Continente nacido a la libertad por el esfuerzo de su espada y de sus leyes. Su nombre se pronunciaba con respeto y admiración en todos los pueblos de América y su fama había trascendido hasta los confines del mundo europeo. Pero la némesis implacable asechaba agazapada en las encrucijadas de la traición y de la insidia. Nadie puede arrebatarse impunemente el fuego del Olimpo. Bolívar lo sabía más que nadie y presentía su destino. Como en la trayectoria del Sol, cuando llega al punto cenital se inicia la curva de su descenso. Y éste fue tan vertiginoso como había sido su magnífico ascenso. Solamente que el crepúsculo de los héroes es más trágico que el de los simples mortales. Los mismos a quienes había dado libertad, han de atentar contra su vida en una "nefanda noche septembrina". Menos mal que la suerte y la vigilante solicitud de la misma amorosa compañera de los luminosos días de Quito y de Lima desviaron el puñal de los conjurados y se evitó así para Colombia el oprobio de haber asesinado al Padre de la Patria.

Mas, vendrán los días amargos de Santa Marta. Y el grande hombre de América expiraría rodeado de unos pocos amigos leales en aquella hermosa playa del Caribe, anhelando que cesen las infaustas querellas partidistas.

IV

LA ETAPA CONSTITUYENTE

1. La etapa bélica de la emancipación había quedado consumada. Si hemos destinado alguna atención a ella no es precisamente porque consideramos que dentro del proceso

(1) Joaquín Estrada Monsalve: "Bolívar".

del cambio la intervención de las armas tenga por sí misma una importancia definitiva. En el caso que nos ocupa, ella es apenas una etapa, un tramo del recorrido. Es aquel momento del proceso en que, agotados los recursos de la transformación evolutiva o inclusive revolucionaria no violenta, es preciso apelar a la intervención armada como "ultimo ratio rerum" para lograr la transformación propuesta. La guerra, en este caso, es la etapa operativa del cambio, que se torna drástico ante la persistencia de los factores de resistencia.

Pero la acción bélica tiene un carácter meramente instrumental. Así lo entendieron los caudillos de la campaña emancipadora, o al menos la mayor parte de ellos. Si se lanzaron a los campos de batalla no fue por la emoción misma de la lucha armada; ni por conquistar laureles, ni por el varonil placer de exhibir condiciones de heroísmo o prepotencia. Tras la brega de las armas había un subfondo de intención romántica; en el panorama remoto de la lucha se abría un horizonte de ideales.

¿Cuáles eran estos propósitos? En otros términos, ¿por qué se luchaba? ¿Por qué se jugaba la vida en cada escaramuza, en cada campaña de tanta peligrosidad como las acometidas por los capitanes insurgentes?

Ya hemos anotado cómo el ideario de la emancipación fue conformándose a través del pensamiento de los precursores lejanos y próximos a la apertura revolucionaria. Y hemos anotado también cómo entre los precursores hubo algunos que además alcanzaron a participar en la contienda armada. En realidad los precursores fueron los auténticos ideólogos de la revolución. Los caudillos guerreros fueron los encargados de despejar el camino para la implantación posterior del ideario de los primeros. De ahí por qué es lógico dividir el proceso de la gran transformación emancipadora en tres momentos: uno que podríamos llamar germinal o sea de los precursores; otro bélico u operativo, el de los caudillos guerreros y por último el constitutivo o institucional.

En este último período se realizan los mayores esfuerzos para la estructuración política de los nuevos Estados. Sin desconocer que durante los dos periodos anteriores también se adelantaron algunos empeños tendientes a dar forma jurídica a las nuevas emergentes nacionalidades.

Es interesante observar la sincronización relativamente perfecta en el transcurso de estos tres períodos, en casi todos los países suramericanos de origen hispánico. Los movimientos precursores se verifican casi simultáneamente en los pueblos del norte y del mediodía; también las expediciones liber-

tadoras se desarrollan con cierta simultaneidad en todos estos países. Al mismo tiempo que San Martín preparaba su memorable travesía de los Andes, Bolívar se batía por la libertad del pueblo venezolano. Y ambos se encontraron en Guayaquil en momentos en que el uno acababa de libertar a Chile y parte del Perú y el otro daba por terminada su campaña.



BOLIVAR EN COLOMBIA

Por *Numa Quevedo*

En el año de 1966 visitó a Bogotá el señor doctor Numa Quevedo, sin arcos diplomáticos, únicamente deseoso de visitar a Colombia. Fruto de su permanencia en Bogotá, es el artículo que publicamos a continuación y el cual es un testimonio vivo de la profunda admiración por nuestro país de quien es hoy Embajador de Venezuela en Colombia. Esto demuestra cómo el ilustre Embajador siempre ha sentido un profundo afecto por nuestra patria.

(La Dirección).

La ingratitud únicamente, pasándole de claro el corazón, consiguió al fin contra el héroe lo que no habían podido ni el odio, ni la venganza, ni la muerte.

Guillermo Valencia.

"El Nacional". Caracas, 25 de abril de 1966.

El martes 19 de abril conmemoramos la fecha de la acción inicial de nuestra epopeya emancipadora, acontecimiento que es imperativo vincular a estas impresiones de hoy, recogidas en los propios lugares que recorrimos con ocasión de nuestra visita a Colombia durante la Semana Santa. En la señalada oportunidad estuvimos en la hermana República, cuya capital, Bogotá, con tanto acierto llamada la Atenas de América, se extiende sobre su gran sabana, de firme tonalidad verdeante, con su evidente señorío, y, en muchos aspectos, todavía con acento definitivamente colonial, clima verdaderamente reparador; es una ciudad sencillamente agradable, propicia al visitante, al viajero que en medio de este mundo atómico, aún gusta ese saludable deporte que consiste en caminar con facilidad y con holgura. En fin, una urbe rodeada de cierto ambiente europeo, con sus edificios de sólida estructura, avenidas, paisajes, detalles y rincones, donde se conserva el sentido y la integridad de una tradición que sigue siendo timbre y prez de las colectividades normalmente organizadas.

Empero, la emoción poderosa es el Libertador, ese "polígono sin par de todas las hombrías", como lo llamó un notable escritor colombiano. Hay culto y fervor en todas partes. Desde la plaza principal, en cuyo centro se levanta el bronce de Bolívar, pleno de serenidad, hasta el norte de la ciudad con otro monumento adornado con las banderas de las naciones bolivarianas; y en el propio corazón de Bogotá, la "Quinta de Bolívar", consagrada a la memoria del Padre de la Patria